

## Rugbiers. Machos. Ser o no ser

Domingo Caratozzolo

El problema es cómo ser hombre; sabemos por el psicoanálisis que si bien biológicamente, por lo general venimos con un sexo definido, la construcción de una identidad tanto masculina como femenina puede no coincidir con las características sexuales con la cual nos identifican al nacer. O sea, que ser hombre o mujer no se nace, sino que es una construcción que se realiza independientemente de nuestra voluntad.

Y cuáles son las expectativas que rodean a la masculinidad en nuestra sociedad heredera de una concepción patriarcal: el hombre para ser hombre debe ser fuerte, valiente, arriesgado, luchador, que no arrugue cuando la contingencia lo exija y que ostente su virilidad tanto ante sus congéneres como también su potencia sexual con las mujeres.

Estas características socialmente compartidas se encuentran agudizadas cuando en determinados grupos constituyen una marca, un signo de pertenencia. El rugby es un deporte donde no sólo juega la habilidad sino también el espíritu de equipo, su cohesión, la fuerza, la lucha, la agresividad y el contacto cuerpo a cuerpo. Estas cualidades necesarias en el campo de juego pueden transformarse en conductas antisociales cuando los participantes del grupo tienen características violentas para revalidar su masculinidad.

Ya en los primeros tiempos del psicoanálisis se pudo establecer que somos portadores de una bisexualidad, o sea que ser nene o nena no estaba definido ni por el sexo ni por la elección de la ropita rosa o celeste. Este descubrimiento del psicoanálisis nos indicaba que generalmente la masculinidad se lograba a costa de la represión de lo femenino, así como para convertirse en mujer una chica debía reprimir las tendencias masculinas que habitaban en ella.

Es así que en los albores del psicoanálisis aparecía claramente lo que ahora tratamos cómo problemáticas de género: hombres y mujeres podían orientarse sexualmente hacia personas del mismo sexo, de distinto sexo, o poner en juego su sexualidad en ambas direcciones. Hoy en día este binarismo de género se ha fragmentado y dado lugar a otras opciones.

Pero no debemos descuidar que esta división entre hombres y mujeres persiste y con fuerza en la sociedad actual. Y que los varones que temen no desempeñar su rol con propiedad, pueden exacerbar aquello que socialmente es reconocido como masculino, pues en ello está en juego su identidad.

El amor tiene dos componentes, uno de ellos es la empatía, el afecto, el cariño, la estima, y el otro es la sexualidad, el deseo de goce de los cuerpos. El componente cariñoso es el que podemos tener con nuestros familiares y amigos. El segundo es propio del ejercicio de la sexualidad. Cuando ambos componentes se agrupan en la relación con el otro es el despliegue del amor.

En las relaciones de amistad o de compañerismo, sin distinción de género, reprimimos los deseos sexuales si los hubiera (sin tener conciencia de ello). Si se trata de

un grupo o equipo de hombres o mujeres, y si estos comparten ya sea un trabajo o un deporte se crean profundos lazos que son el producto de nuestra bisexualidad originaria.

Cuando el deseo sexual en los varones está dirigido total o parcialmente hacia las personas del mismo sexo, puede suceder que esta circunstancia sea aceptada o, por el contrario, sufra un rechazo tal que el sujeto tenga que estar demostrando a los demás y a sí mismo como baluarte defensivo una masculinidad tan exagerada que nos permite entrever la angustia ante sus deseos homosexuales reprimidos. “Dime de que alardeas y te diré de que careces”

Todos tenemos que lidiar con aquellos caracteres que no se corresponden socialmente con nuestro sexo. Si podemos convivir con ellos e incorporarlos, podremos enriquecernos con conductas, sentimientos y valores que nos proporciona la diversidad del otro sexo. Dado que todos participamos de esta bisexualidad originaria, cuando la presión no es intensa, podemos reconocerlos y tolerarlos sin sentir una herida a nuestra autoestima. Otros (inconscientemente) temen ser invadidos por deseos que rechazan porque sienten que menoscaban su identidad y harán todos los esfuerzos correspondientes para ahuyentarlos. En psicoanálisis llamamos a esta conducta "formación reactiva"; ejemplo de esto es la persona miedosa que continuamente está enfrentando situaciones de mucho riesgo.

Esta formación reactiva tiene distintas características, correspondiendo cada una de ellas a la predominancia de las pulsiones de vida o de muerte, la lucha constante entre Eros y Tánatos. Cuando predomina Eros, si se dan las circunstancias de encuentros prolongados entre grupos de amigos, en el caso de que las tensiones homosexuales afloren, éstas se resuelven en la búsqueda de mujeres que reafirmen su virilidad. Pero cuando prevalece Tánatos, la forma de alivio se logra mediante la violencia y el grupo puede defenderse de ella externalizándola y la fuerza de estas tensiones homosexuales se reflejará en la potencia de la violencia desplegada.